

Marx, Rimbaud y la Comuna: El Faro de la Bastilla

Vicente Quirarte

Transformar el mundo, dijo Marx. Cambiar la vida, dijo Rimbaud. Para nosotros, estos dos principios son uno solo.

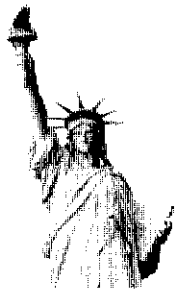
ANDRÉ BRETON

La revolución es la guerra que la libertad desata contra sus enemigos.

MAXIMILIEN DE ROBESPIERRE

A casi 80 años del 1789 en que la población de París se insurrecciona para iniciar la primera revolución moderna, en los muros de una ciudad que ya ha visto la picota modernizadora del barón Haussman abrir grandes bulevares, vuelven a aparecer las palabras *libertad, igualdad, fraternidad* que convirtieron a Francia en faro generador de las ideas avanzadas, en contra del monarca singular y totalitario. En la primavera de 1871, los parisinos agrupados bajo la bandera de la Comuna, como en 1789, ejercen su derecho a ser oídos, a reunirse, a decidir ante un Estado paternalista encabezado por Napoleón III que en la práctica había demostrado su fracaso y en los campos de Sedán y Metz su impericia política y militar.

La Comuna de París vuelve a hacer suyas varias de las conquistas de la Revolución Francesa. Consagración del presente, fiesta de la imaginación, necesidad de reconocer al hermano aquí y ahora, de crear otra vez la realidad. Casi 100 años después de la Comuna, en 1968, y en el mismo espacio físico donde sonaron los discursos inflamados de Mirabeau, Robespierre y Danton, los jóvenes vuelven a salir a la calle exigiendo que la imagina-



ción tomara el poder. En el 68 parisino y mexicano, lo mismo que en la China del año en curso, la palabra ciudadano recupera el orgullo del individuo que ejerce en su colectividad los derechos de la *polis*.

Y es a raíz de la Comuna que dos figuras decisivas de la cultura occidental, el pensador Karl Marx y el poeta Jean-Arthur Rimbaud, ocupan la primera línea de fuego en sus respectivos campos de batalla. En 1871 Rimbaud, el genio precoz de 17 años, llega a París, huyendo de la tiranía materna y de lo que consideraba la mediocridad de su natal Charleville. Revolución es sinónimo de maduración acelerada, y la experiencia de la Comuna cristalizará en la literatura más perecedera de Rimbaud. Los mensajes entre líneas de *Una temporada en el infierno* y las *Iluminaciones* revelan al poeta dueño de todos sus recursos, llevando a la práctica la teoría que anunciara ese mismo 1871 en la carta a Paul Demeny, mejor conocida como "Carta del vidente", la cual finaliza con la frase "la poesía irá por delante de la acción". Como advierte Pierre Gascar en su libro *Rimbaud y la Comuna*, aunque el poeta no hubiera participado de manera activa en la insurrección parisina de 1871, el espíritu de la revolución lo hace uno de los suyos. Simultáneamente, el discurso poético de Rimbaud justifica el cambio de conciencia que la Comuna, no obstante su brevedad, provocó en toda Europa.

El 4 de septiembre de 1870 tiene lugar la proclamación de la República Francesa. Cinco días más tarde Marx publica en Londres su "Segundo llamamiento del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la guerra franco-prusiana", donde denuncia los juegos sucios entre telones, al tiempo que defiende la supremacía de la Internacional y la organización de la clase obrera. El mismo año, Gustave Doré, quien volvía a París después de una estancia en

Londres que le sirvió para hacer sus litografías de la ciudad esplendorosa y miserable, graba una alegoría a la que llama *La Marsellesa*: Una mujer con gorro frigio encabeza el desfile de los nuevos *sans culottes*: son los obreros marginados que llenarán las novelas de Zolá y Balzac, de Pérez Galdós y Dickens; los *unwashed* de Londres hacinados en barracas y rindiendo culto a la *Diosa Industria*, en cierto modo la hija malnacida de la *Diosa Razón*. La Comuna será, por eso, en más de un sentido, una prolongación del espíritu del 89 y del 92. Las litografías y los grabados de la época, tanto en Francia como en Inglaterra, dan testimonio de cómo las construcciones gigantescas eran verdaderos templos de la manufactura en serie.

En febrero de 1871, el gobierno contrarrevolucionario encabezado por Thiers se refugia —ironía del destino— en Versalles, y ratifica con Prusia un vergonzoso tratado de paz. La geometría domina Versalles, mientras París, no obstante la cuadrícula impuesta por Haussman, asiste a la consagración del instante presente, alejado de toda convención. De nuevo, como en los días del XVIII, la ciudad tiene un rasgo de dignidad y rechaza doblemente la capitulación ante el extranjero y la autoridad de los soldados de Thiers. En esa organización del proletariado parisino, Marx comenzó a observar que la Comuna llevaba al terreno de los hechos los principios teóricos de la Internacional. Esos "condenados de la tierra", esa "famélica legión" que hallaría voz en las notas de la Internacional, era una respuesta y un renacimiento de las notas de Rouget de Lisle convocando en *La Marsellesa* a derrocar la tiranía. El manifiesto del Comité Central de la Guardia Nacional, del 19 de marzo de 1871, comienza con las palabras *liberté, égalité, fraternité*, y el vocativo *citoyen* recupera su peso original, acciones que culminan con la proclamación, el

29 de marzo, de la Comuna de París y, más tarde, con la aparición de un comité de salud pública.

Cuando Marx y Engels rechazan la guerra franco-prusiana, los guía sobre todo el deseo de terminar con el odio entre los pueblos y hacer del trabajo un arma y un patrimonio de la humanidad. Por eso la Comuna se les revela como un impulso colectivo que afecta a toda la humanidad; no se trata para ellos de un movimiento local sino de una empresa universal de los trabajadores. La Comuna convierte así a Marx en una figura de relieve continental: a raíz de la publicación de su libro *La guerra civil en Francia*, aparecido el mismo 1871, la burguesía alemana recrudece sus ataques contra quien se atreve a defender al proletariado del país al cual Prusia hace la guerra. Para Marx:

...frente a la vieja sociedad, con sus miserias económicas y sus demencias políticas, está surgiendo una sociedad nueva, cuyo principio de política internacional será la paz, porque el gobernante nacional será el mismo en todos los países: *el trabajo*.

Y en sus conclusiones sobre los logros de la Comuna, agrega:

Los principios de la Comuna son eternos y no pueden ser destruidos; reaparecerán una y otra vez hasta que la clase obrera consiga su emancipación... he aquí su verdadero secreto: la Comuna era, esencialmente, un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo.



Intil sería buscar un Rimbaud tan políticamente revolucionario. No perdamos de vista que en esa primavera del 71 Marx es ya un hombre hecho, de 53 años de edad, mientras Rimbaud aún no cumple los 17. Como señala Pierre Gascar, "Rimbaud no es un humanitario en el estricto sentido de la palabra, es decir, con lo que esto conlleva de sentimentalismo. Humanista, aun menos. Es comunitario. No habla del hombre, sino de los hombres, del conjunto en el que éstos llegan a confundirse."

En los poemas que Rimbaud escribe tras la derrota de la Comuna aparecen una y otra vez ecos de la insurrección y la fe en el porvenir que también anima a Marx. Rimbaud habla así de "migraciones, más enormes que las antiguas invasiones". "El despertar de los hombres nuevos y su marcha", "La alegría del trabajo nuevo", "Playas interminables cubiertas de blancas naciones gozosas", "La humanidad fraternal". Y en otra frase que bien pudiera haber sido escrita por Marx, Rimbaud se pregunta: "¿Cuándo iremos más allá de las playas y los montes a saludar el nacimiento del nuevo trabajo, la nueva sabiduría?"

Sin embargo, antes de estas conclusiones a las que Rimbaud llega siendo aún adolescente, lo que al niño genio le interesa es el reconocimiento a su poesía, actividad a la que ya considera motivo central de su vida. Con motivo del cumpleaños del príncipe imperial, hijo de Napoleón III, escribe unos versos de homenaje, los cuales envía a la corte. La guerra franco-prusiana, la represión a las fuerzas populares, la negociación de un tratado vergonzoso, a la larga harán desaparecer su fe en el Napoleón que Víctor Hugo llamó "pequeño", para contraponerlo a la grandeza de Bonaparte. Abogado en su ciudad natal, sin nada que hacer debido a los movimientos constantes de las tropas enemigas, demasiado joven para alistarse en la guardia nacional, el 4 de sep-

tiembre de 1870, el mismo día en que se proclama la República Francesa, el joven poeta se divorcia simbólicamente de su pasado: vende los libros que obtuvo como premio a su aplicación escolar y toma un tren rumbo a París.

Aquí, la leyenda comienza a tejer sus conjeturas. Más allá de la participación real o simbólica de Rimbaud en la Comuna, lo importante es la huella que el movimiento dejó en la poesía que Rimbaud escribe durante y después de la Comuna. Los titulados "Canto de guerra parisiense", "La orgía parisiense o París se repuebla" y "Las manos de Jeanne Marie" nacieron al compás de los acontecimientos. Se trata de textos sin distancia —"salmos de actualidad", los llamaba su autor—, exterioristas, panfletarios en el más noble sentido del término: la expresión está puesta al servicio de la causa que crece y evoluciona con esa rapidez asombrosa que sólo dan los grandes movimientos sociales. El espíritu del periodista Camille Desmoulins o del orador Danton se traslucen en estos poemas que Rimbaud personaliza gracias a la violencia expresiva que caracterizará la mejor parte de su literatura. La ciudad tiene una importancia esencial en su obra, y es —como gustaban llamarla los comuneros— una ciudad femenina. Si, como nota Walter Benjamin, mientras Baudelaire convierte a la ciudad —concretamente a París— en protagonista de la ciudad moderna, Rimbaud va más allá porque canta una ciudad comunitaria, cuyo porvenir está marcado por ese presente activo donde todo se inaugura, donde todo está siendo convulsivo:

*O cité douloureuse, ô cité quasi morte,
La tête et les deux seins jetés ers l'Avenir
Ouvrant sur ta paleur ses millirads des portes,
Cite que le Passé sombre pourrait benir.*

(¡Oh, ciudad dolorida, oh, ciudad casi muerta!
La cabeza y ambos pechos lanzados al porvenir,
abriendo en tu palidez sus millares de puertas,
ciudad a la que el pasado sombrío podría bendecir.)

Si los comuneros hacían de la Revolución, de la Comuna, su novia más preciada, y entonaban otra vez *La Marsellesa*, no se debía a la galantería o a la casualidad. El papel de las mujeres en la Comuna fue una de las características fundamentales del movimiento. De nuevo, como en los días heroicos de la Bastilla y los años 92 y 93, las compañeras de los nuevos *sans culottes* participaban de manera activa en los acontecimientos. Las manos de Jeanne-Marie, cantadas por Rimbaud —en oposición a las "manos infames", plenas de blancos y carmines" de las damas versallescas—, son un homenaje a las comuneras que tuvieron a su cargo la defensa de la ciudad en la semana sangrienta del 21 al 28 de mayo, sobre todo en la plaza Pigalle, en la plaza Blanche y en el barrio de Batignolles.

Tras la derrota de la Comuna, varios de sus partidarios se trasladaron a Londres. En 1872, la hija mayor de Marx contrae matrimonio con el socialista francés Charles Longuet, miembro activo de la Comuna; Rimbaud, por su parte, transcurre su tiempo entre sueños de *hachis* y la feroz vocación por el estudio que lo lleva a pasar largas jornadas en la Biblioteca del Museo Británico. Imposible evitar la tentación de imaginar que en un mismo espacio coexistieron Marx y Rimbaud, y que tal vez, en alguna de las sesiones en que Rimbaud se alimentaba de lecturas y vivencias para escribir más tarde sus *Iluminaciones*, y Marx continuaba buscando la luz que le permitiera dar sustento científico a sus ideas en las páginas de *El Capital*, sus miradas se cruzaron en la gran sala de lectura del edificio neoclásico diseñado

por sir Robert Smirke. El hombre de 53 años —traje oscuro, cabellera enmarañada, barba tupida— desea transformar el mundo; el muchacho de 18 años —ojos azules, corte de escolar, traje estrecho para el cuerpo que no acaba de desarrollarse— intenta transformar la vida. Rimbaud plantea medidas radicales para decirnos que nos han engañado, que la vida está en otra parte y que *yo es otro*. De nuevo hay que remontar la búsqueda de Marx y Rimbaud a los principios de la Revolución Francesa: en su discurso del 2 de diciembre de 1792, Robespierre expresa: "¿Y cuál es el primer derecho? El de la existencia. La primera ley social es, por tanto, aquella que asegura a todo miembro de la sociedad sus medios de existencia; todas las otras leyes están subordinadas a ésta." Marx insiste en una sociedad donde el odio sea sustituido por el trabajo, y de esa manera se garantice la posibilidad de que el proletariado tenga acceso a los medios de producción, en lugar de ser esclavo. Rimbaud, en principio, rechaza la utilidad de *la mano* y abomina que su siglo sea un siglo de manos, pragmático, materialista, monetario. A *la larga*, su viaje al Oriente lo llevará a enfrentarse a las contradicciones del trabajo manual.

Marx y Rimbaud plantearon cambios radicales en nombre del amor a la humanidad, el primero a través de una filosofía política cuyos destellos y sombras aún seguimos ensayando; Rimbaud mediante una misantropía que en el fondo no era más que un profundo amor por la humanidad. Como ha notado José Emilio Pacheco:

Hay un trasfondo ocultista en la poesía rimbaudiana, sí, pero sobre todo un sustrato político. Su frase *Je es un autre* ¿no es en sí misma de lo que escribió Chamfort durante la Revolución Francesa?: "La democracia consiste en decir: yo soy otro." Rimbaud tomó en serio las pretensiones proféticas, mesiánicas y visionarias de los poetas románticos. Decidió vivir

poesía, su poesía, iba a instaurar en la Tierra el reino de fraternidad que la locura de Napoleón había frenado.

En 1971, año del centenario de la Comuna, Pablo Neruda recibió el premio Nobel de literatura. Allí, en el seno de la Academia Sueca, Neruda recordó a Rimbaud, su admirado poeta de toda la vida, y finalizó su discurso con las palabras que dan término a esta ponencia, palabras que entre líneas son un homenaje a la Comuna de París y al movimiento internacional de los trabajadores que volvían a hacer suyos los principios igualitarios, legales y fraternales de la Revolución Francesa:

Hace hoy 100 años exactos, un pobre, espléndido poeta, el más atroz de los desesperados, escribió esta profecía: "à l'aurore, armés d'une ardente patience, nous entrerons aux splendides villes" (Al amanecer, armados de una ardiente paciencia, entraremos en las espléndidas ciudades). Yo creo en esa profecía de Rimbaud, el vidente. Yo vengo de una oscura provincia, de un país separado de todos los otros por la tajante geografía. Fui el más abandonado de los poetas y mi poesía fue regional, dolorosa y lluviosa. Pero tuve siempre confianza en el hombre. No perdí jamás la esperanza. Por eso tal vez he llegado hasta aquí con mi poesía, y también con mi bandera.

En conclusión, debo decir a los hombres de buena voluntad, a los trabajadores, a los poetas, que el entero porvenir fue expresado en esa frase de Rimbaud: sólo con una ardiente paciencia conquistaremos la espléndida ciudad que dará luz, justicia y dignidad a los hombres. Así la poesía no habrá cantado en vano.

